

Noruega. Dinamarca, gobernada por Juan I (1481-1513 y que no hay que hacerse ilusiones sobre aquel brillante catálogo, en el cual sólo faltaban el duque de Milán, el rey de Nápoles y algunos pequeños señores italianos. En realidad, la lucha iba á concentrarse casi entre Luis XII y Venecia, de un lado, y Ludovico Sforza de otro. Cada uno de los tres ejércitos fué reclutado, en parte, por medio de la *Condotta*, es decir, mediante el alquiler de soldados. Venecia había hecho en todas partes alistamientos que elevaban su ejército á unos 15.000 hombres, firmando con un condottiero, el conde de Pittigliano, un verdadero contrato mercantil. Pittigliano se mostró tanto más reacio cuanto que había recibido proposiciones de Ludovico y pidió á la Señoría el pago de un crédito de 12.000 ducados y un aumento de un tercio en su pensión y en su sueldo; después de algunas vacilaciones, Venecia contrató sus servicios por un período de cuatro años. Ludovico comenzó sus gestiones en 1499, un poco tarde ciertamente, y se vió con frecuencia reducido á los condottieri descontentos de Venecia ó por ésta despedidos, tomando de este modo á sueldo á Marco Martinengo, mediante una pensión anual de mil ducados, y á Ugolino de Ancona, «que no quería servir más á ninguna república y sí sólo á señores.» Contrató además á un gran número de suizos, especialmente del cantón de Valais, y sus agentes negociaban de cualquier modo y á cualquier precio. Un capitán recibía por término medio 25 florines al mes y un soldado cuatro y medio. Aparte de estos contingentes reclutados en todas partes y de los cuales algunos no llegaron hasta el final de la primera campaña, tenía Ludovico tropas nacionales bastante numerosas. Tampoco Luis XII descuidó los alistamientos en el extranjero, sobre todo en Suiza, aprovechándose del tratado firmado con la confederación. Las posiciones designadas desde mayo á julio de 1499 á las tropas francesas hacia Grenoble, con un cuerpo avanzado sobre Asti, y las señaladas á los cuerpos venecianos hacia Lodi, anunciaban una próxima ofensiva.

Todos los designios del rey convergían hacia Italia. Ludovico, apoyado por una alianza con Maximiliano, que se había casado con su sobrina, y contando con sus recursos pecuniarios y con su prestigio, parece haber incurrido en el error de creer que con las combinaciones preparadas contra él sucedería lo mismo que con las que tan á menudo habían fracasado. Pero las circunstancias eran ahora distintas: en primer lugar, en todo comienzo de reinado existe una fuerza impulsiva; y en segundo, Ludovico no tenía sino aliados inseguros ó impotentes, y en cambio sus enemigos, Venecia en primer término, eran temibles y resueltos. Esto no obstante, quiso buscar el triunfo en la astucia sin hacerse bien cargo del peligro que corría, y hasta con Maximiliano, que no necesitaba ciertamente grandes pretextos para dar pruebas de versatilidad, fué siempre el hombre de los conceptos vagos.

El gobierno francés basó su política italiana sobre la idea de una acción común con Venecia, y las negociaciones emprendidas en este sentido llevaron con actividad extraordinaria en los últimos meses de 1498, sucediéndose sin descanso los correos de Venecia á París, trayecto que recorrían en siete días poco más ó menos. El acuerdo era tanto más difícil, cuanto que en la República estaban divididas las opiniones, lo que hizo que se necesitaran nueve días de deliberación antes de adoptar una resolución definitiva. El rey, Amboise y Gié se irritaron más de una vez contra aquellos mercaderes «que vendían palabras.» Al fin llegó á una inteligencia, y en 9 de febrero de 1499 firmóse con Blois entre ambos países una alianza por la cual el rey y la república se comprometían á unir sus fuerzas para la conquista del Milanesado. Grave fracaso fué aquel para Ludovico, pero también fué un suceso peligroso para Venecia, que iba á tener en Luis XII un vecino mucho más temible que Sforza. «Cree, lector, escribe un contemporáneo, que han sido muy grandes los motivos y las injurias que han obligado á la Señoría á ponerse de acuerdo con Francia para destruir al duque de Milán.»

La alianza franco-veneciana quedaba abierta, según declaración propia, á todos los Estados que á ella quisieran adherirse. En 29 de julio de 1499 publicáronse en Francia los nombres de las distintas potencias comprendidas en la liga: entre ellas figuraban el papa, Venecia, el rey y la reina de España, los reyes de Inglaterra, Escocia, Portugal, Hungría y Bohemia, los suizos, etcétera. Aparecían asimismo incluídos en aquella lista el emperador, el Imperio y los electores del Imperio, lo cual demuestra que también allí «se vendían palabras»

y que no hay que hacerse ilusiones sobre aquel brillante catálogo, en el cual sólo faltaban el duque de Milán, el rey de Nápoles y algunos pequeños señores italianos.

Un milanés enemigo de Ludovico y refugiado en Francia, llamado Trivulcio, estaba destinado á desempeñar el principal papel al frente del ejército real. Había estado al servicio de Galeazo Sforza, de Fernando de Nápoles y de Carlos VIII sucesivamente, contaba más de cincuenta años, era grueso, bajo y rechoncho, conservaba todo su vigor y una energía singular y viajaba todavía á caballo recorriendo en pocos días y como cosa de juego, el camino de Italia á Francia. General bastante hábil, sabía manejar á los italianos, todos ellos dotados más ó menos de alma de condottieros, porque también él era italiano, condottiero y jefe de partido. De momento la expedición debía reducirse á un simple paseo militar. Cuando los invasores hubieron tomado algunas plazas y pasado á cuchillo á sus habitantes, el espanto cundió por todas partes. Aquellas matanzas eran, según parece, una táctica aconsejada por Luis XII á sus lugartenientes y dió excelentes resultados. La ciudad más fuerte del ducado y una de las más hostiles á Francia, Alejandría, fué entregada ó abandonada por Galeazo de San Severino, al mismo tiempo que los venecianos se apoderaban de Cremona, y Ludovico huyó de Milán, en donde entraron los franceses, y se refugió en Alemania al lado de Maximiliano. La campaña, comenzada en agosto, parecía terminada en octubre. Tri-



JUAN GALEAZO VISCONTI, SEÑOR DE MILÁN

(Grabado de Nicolás Nelli)

vulcio fué nombrado gobernador del Milanesado, en donde se organizó un gobierno; pero Ludovico, que había encontrado socorros en Alemania y comprado tropas en Suiza, regresó á su ducado en febrero del año 1500 y en el mes de marzo recuperó Como, Milán y la misma Novara. Volvían, pues, las cosas á quedar en su primer estado.

En tan críticas circunstancias, Luis XII nombró al cardenal de Amboise teniente general allende los montes; con plenos poderes para «volver á empezar, adoptar los medios convenientes y obrar como si fuera el mismo rey.» La Tremoille recibió el mando militar en lugar de Trivulcio. Los franceses habían tenido que retroceder hacia la Sesia, en donde se habían concentrado. El ejército de La Tremoille y el de Ludovico se encontraron frente á frente en los alrededores de Novara en los primeros días de abril, figurando en uno y otro borgoñones, alemanes y suizos. La Confederación, según Aulton, quería «impedir la batalla y la prolongación de la guerra,» sea para «participar de la pesca en agua turbia,» sea para salvar á Ludovico; y «los señores de las ligas» habían despachado emisarios para prohibir á los hombres de los cantones que combatieran hasta nueva orden.

Entróse en tratos con los suizos que apoyaban á Ludovico y se convino en que los soldados de la Confederación que se encontraban en Novara saldrían de allí salvando la vida y lo que consigo llevaran; en cuanto á Ludovico, que se había encerrado en la ciudad, «acordamos con ellos, escribe La Tremoille, que si encontráramos allí al Moro, nos apoderaríamos de él, lo que fué concedido.» Efectivamente, los soldados de Ludovico se negaban á entregarle, pero consentían en dejarlo prender; mas en el último momento volviéronse atrás, repugnando tal vez cometer esta semitraición. Poco faltó entonces para que los dos bandos vinieran á las manos, pues ya La Tremoille había dado orden de atacar Novara; mas á ello se opusieron los suizos de su ejército por consideración á los compatriotas suyos que en la ciudad estaban, «no queriendo que les matasen á sus paisanos.» En vista de ello convínose una nueva transacción por virtud de la cual los mercenarios de Novara consintieron en pasar uno á uno por debajo de una pica delante de los franceses: Ludovico, que había tratado de escapar confundiendo con la multitud, fué descubierto en medio de los suyos después de tres horas de pesquisas. «Señor, escribía La Tremoille, lográis todo lo que pedís y por ello debéis estar muy agradecido á Dios.» Pero aun después de la captura de Ludovico no acabaron las dificultades con los suizos que estaban al servicio de Francia, sino que éstos reclamaron que «se les pagara á todos con escudos del sol, que se les facilitaran acémilas para el transporte de sus bagajes y que por la captura del señor Ludovico se les diera una paga más.» Y habiéndoles sido negadas tales pretensiones, «dieron los tales suizos grandes patadas y golpes de albarda en la puerta de la habitación en que estaban los franceses y comenzaron á romperla.» El baile de Dijón, que era el agente del rey cerca de ellos fué cogido por los cabellos y recibió puñetazos en la nariz y en la cara en «tal estado que apenas le quedó pelo en la cabeza.» Preciso fué contentar á aquellos terribles auxiliares á fin de librarse de ellos; y aun se supo poco después

que á su regreso habían tomado Bellinzona (1), que pertenecía al ducado de Milán.

Pero el hecho decisivo, como había escrito La Tremoille, era la captura de Ludovico; por esto Luis XII dirigió tres cartas urgentes á su lugarteniente para que en seguida le enviara al duque destronado «porque no estaré nunca tranquilo hasta ver al dicho Ludovico á este lado de los montes.» Conducido primeramente á Lyon y encerrado en el castillo de Pierre-Encise, el Moro fué luego trasladado en una jaula de hierro cubierta por una envoltura de madera, al castillo de Lys-



Juan-Jacobo de Trivulcio,
facsimile reducido de un retrato de Thevet

Saint-Georges, en Berry, en donde fué tratado con mucha dureza, digan lo que quieran los panegiristas de Luis XII, y murió obscuramente en 1508.

«De esta manera el ducado de Milán, fué conquistado dos veces por los franceses en siete meses y medio.»

Cuando Jorge de Amboise entró en Milán, después de haberse alojado primeramente en el castillo, salió á su encuentro una procesión «lastimosa:» «Por un doctor hicieron proponer muchas cosas buenas, prometiendo no cometer jamás rebelión contra la sagrada majestad de Francia» y declarando que se parecerían á San Pedro, que tantos remordimientos había sentido por haber abandonado á Jesucristo; á lo cual contestó el cardenal ingeniosamente que se guardaran de imitarle demasiado, porque el apóstol había negado tres veces á su maestro. Después de cambiados largos y ceremoniosos discursos, entróse en el fondo de la cuestión, imponiéndose onerosísimas contribuciones á diferentes ciudades y siendo ejecutados los personajes más comprometidos.

La organización política y administrativa del ducado había sido iniciada ya cuando la primera conquista, sobre todo por una ordenanza de 11 de noviembre de 1499 (2);

(1) C. Kohler, *La conquête du Tessin par les Suisses*, «Revue Historique,» tomo XLV, 1891.

(2) Pelissier, tomo II, págs. 329-341.

de suerte que no fué menester más que confirmarla y completarla. Para representar al rey, duque de Milán; se nombró un gobernador y un gobernador civil. Constituyóse además un senado compuesto de diez y siete senadores ó consejeros (dos prelados, cuatro militares y once jurisperitos), en el que entraban italianos y franceses, pero de tal suerte que estos últimos tuviesen siempre asegurada su influencia dentro del mismo. Este senado podía confirmar ó invalidar las ordenanzas del rey para el Milanesado, formaba un tribunal supremo de justicia, cuidaba de vigilar á los funcionarios judiciales, daba decretos ejecutorios al igual que los del Consejo del rey en Francia, y por último ratificaba las letras de donaciones, remisiones y privilegios. Aquella organización dejaba al ducado cierta participación en los asuntos de justicia y de administración. Entre Lyon y Milán se establecieron comunicaciones por medio de correos regulares y poco á poco renació la vida en el Milanesado, país que, después de los primeros disturbios y de los primeros rigores, de la conquista, no parece haber sufrido nada con la dominación francesa, salvo las consecuencias de las guerras posteriores que de rechazo le alcanzaron (1).

En resumen, ya que un conjunto de causas y sobre todo de sentimientos empujaba á nuestros reyes al otro lado de los Alpes, en Lombardía era en donde su establecimiento ofrecía algunas probabilidades de duración; mas no se crea que esto había de conseguirse sin dificultades. En efecto, era preciso atraerse fuertemente á los príncipes de los Alpes, á fin de tener siempre los pasos libres, y conservar Génova á toda costa; era de prever, además, que los suizos, los venecianos y el Imperio verían con muy malos ojos que Francia se estableciera en un país sobre el cual tenían ellos derechos ó pretensiones; y finalmente, hacía necesario mantener relaciones con los Estados italianos del centro, en particular con Roma y Florencia, y mezclarse, por consiguiente, en cuestiones terriblemente arduas. Mas con seguridad había en Italia un punto respecto del cual parecía que todo el interés de Francia aconsejaba una conducta expectativa: el reino de Nápoles. Y allí precisamente iban á arrojarse con torpeza sin igual los franceses.

Amboise había regresado de Lyon en el mes de junio y el rey le dispensó «tan cariñosa acogida, que quiso festejarle con toda familiaridad privada» y á sus agasajos añadió la concesión del condado de Lomellina, cerca de Alejandría. Nadie había logrado más provecho de la expedición que el cardenal, quien había obrado como amo y señor allende los montes; en Milán vióse tratado como soberano victorioso y allí dejó en representación suya á su propio sobrino, Carlos Chaumont de Amboise; y, por último, su intervención en los «asuntos de Italia» era cada vez mayor.

III.—Ensayo de cruzada

El recobro de Milán hizo que Francia conquistara, de momento, una situación importantísima. El duque de Ferrara, el marqués de Mantua, Bolonia y los Ben-

(1) Los recursos del Milanesado eran considerables. El presupuesto de 1510 consigna un ingreso de 715.000 libras y un gasto de 709.000. Un gran número de franceses recibían pensiones sobre las rentas del ducado.

tivoglio y la república de Siena se consideraron muy dichosos consiguiendo un arreglo á costa de sacrificios más ó menos onerosos. «Tan hondamente metieron la mano en los ducados, que les fué concedida gracia.» También Florencia entró en componendas, pero vendió muy cara su alianza, habiendo sido necesario enviar un ejército francés para que atacara Pisa en provecho suyo. Entonces se dió un espectáculo extraño: los pisanos declaraban «ser todos buenos y leales franceses y querer vivir y morir como tales, y que tantas cuantas veces quisiera el ejército de Francia entrar en la ciudad, todas las puertas de ésta le serían abiertas;» pero á condición de que no se les entregaría á los florentinos. Defendiéronse enérgicamente gritando «¡Viva Francia!» y enarbolando el estandarte real (2), y habiéndose amotinado los suizos que estaban al servicio del rey, á pretexto de que no se les pagaban las soldadas, aprovechóse aquella coyuntura para levantar el sitio (julio de 1500). El papa y César Borgia formulaban cada día mayores exigencias: César, firme en sus propósitos de crearse un principado, atacó las señorías de la Romaña, y en 1499, 1500 y 1501 conquistó, con ayuda de las tropas francesas, Imola, Pésaro, Rímimi y Faenza. El papa, tácitamente autorizado por Luis XII, erigió para su hijo la Romaña en un ducado que nuevas victorias engrandecieron en 1502, preparando de esta suerte con nuestro concurso el poderío de Julio II que tan fatal había de sernos.

Maximiliano era causa de preocupación constante. A principios de 1501, descubrióse un complot que tenía por objeto entregarle la ciudad de Beaune. El mismo se quejaba de los proyectos de Francia y en la Dieta de 1500 decía: «El rey de Francia, no contento con sus conquistas de Italia, subleva en contra nuestra Hungría y Polonia y hace todos los esfuerzos imaginables para obtener la corona imperial.» Y la primera de estas acusaciones, en verdad, tenía algún fundamento.

Hungría y Bohemia, situadas completamente al Este, comenzaban á atraer la atención de los diplomáticos. Estos dos países, á pesar de las diferencias etnográficas que los separan, tuvieron en los siglos xv y xvi una historia en parte común; uno y otro lucharon gloriosamente contra los turcos, cuya marcha ofensiva hacia el Oeste contuvo Matías Corvin durante medio siglo, desde 1458 á 1490. Pero á la muerte de éste y á pesar de que la doble elección de Ladislao mantuvo la unión entre Bohemia y Hungría, debilitóse el poderío de ambos Estados, sobre los cuales tenían puestos sus ojos de un lado los turcos y de otro la casa de Austria. En cuanto á Polonia, todavía poderosa en tiempo de Casimiro IV, que murió en 1492, continuaba en el reinado de Juan Alberto (1492-1501) sus esfuerzos siempre vanos y siempre reproducidos para realizar la unión con la Lituania.

Bohemia, Hungría y Polonia, cuya nobleza era muy activa y guerrera, constituían una fuerza, y comprendiéndolo así, Luis XII envió embajadores á Ladislao y Juan Alberto, firmando los tres príncipes un tratado en el mes de julio de 1500. En aquel documento, redactado en forma muy solemne y precedido de un preámbulo

(2) Una miniatura de un manuscrito de Juan d'Autón representa á los pisanos enarbolando en las murallas de su ciudad, en el momento del asalto, los estandartes de Francia.

escrito en excelente latín, los soberanos declararon que contraían una alianza general y perpetua contra los turcos y también contra todos los enemigos presentes ó futuros y que en todas las guerras emprendidas por mutuo consentimiento, cada uno prestaría ayuda á los demás. Ciertamente se exceptuaba de las posibles hostilidades al Soberano Pontífice, al Imperio, al rey de los romanos y á Venecia, á quienes se dejaba libre el ingreso en la alianza; pero no por esto aparecía menos manifiesto el indicio de una acción política de Francia en Oriente, acción que por aquel lado amenazaba á Alemania, como la alianza con los Estados escandinavos podía amenazarla por el otro. El tratado tuvo una significación más precisa cuando Ladislao envió á Luis XII una embajada para pedir al rey la mano de una princesa francesa; y algún tiempo después, en 1502, su casamiento con Ana de Foix, sobrina de Ana de Bretaña, pareció destinado á contrabalancear en Bohemia y Hungría la influencia germánica (1).

Por estas razones, la dieta de Augsburgo había consentido en decretar un alistamiento de tropas y en proponer la formación de una caja del Imperio; pero, como decía un consejero de Maximiliano, «esperar de los príncipes alemanes algo para el bien del Imperio, es querer coger uvas en un campo de cardos.» En 16 de abril de 1500 el emperador firmó con el rey de Francia una tregua de seis meses que luego fué prorrogada hasta 1502.

En definitiva, á mediados del año 1500 reinaba la paz en toda Europa y Francia parecía hallarse en pleno poderío y en gran prosperidad. «Considerando, dice un acta del concejo de Amiéns, que, á Dios gracias, el reino de Francia está en buena paz, que el pan y el vino están á buen precio y que hay abundancia de toda clase de bienes, por lo que debe alabarse á Dios...»

Parecía, pues, llegado el momento oportuno de volver á pensar en la cruzada contra los turcos. Maximiliano no cesaba de hablar de ella, pero ¡de tantas cosas hablaba! España sentía cierta inquietud respecto de los infieles, pues tenía motivos para temer un regreso ofensivo de los musulmanes para vengar la toma de Granada. Los moros de África se agitaban, y en vista de ello,

1501 Fernando envió en 1501 á Pedro Mártir, humanista italiano establecido en su corte, al lado del sultán de Egipto (2), con encargo de observar el estado de cosas en Oriente y de negociar un convenio con aquel Estado, al cual amenazaba el sultán de Constantinopla. Era aquel un medio de contener á la vez á Bayaceto y á las tribus africanas del Mediterráneo. Portugal mismo parecía llamado á entrar en acción por los intereses que tenía en Asia, en donde también se encontraba con los musulmanes.

En Europa, las imaginaciones estaban excitadas como en espera de grandes acontecimientos y se referían toda clase de prodigios; en la comarca de Lieja, por ejemplo, aparecían cruces con señales de sangre que se imprimían en los cabellos ó en los vestidos de las mujeres y de las muchachas. En 1501 predicóse en toda la cristiandad un jubileo para la cruzada, desde el Viernes Santo hasta

(1) Le Roux de Lincy, *Discours des cérémonies du mariage d'Anne de Foix avec Ladislao VI* («Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», tomo XXII, 1861).

(2) Mariejol, *Pierre Martyr d'Anghera*, 1888 (tesis de París), páginas 48 y siguientes.

el día de San Juan Bautista, y como cuatro siglos antes, ejércitos de peregrinos se encaminaban hacia Oriente. Parecía, pues, que podría emprenderse una acción común y realizarse los proyectos que, desde hacía cincuenta años, había suscitado más ó menos en todas partes la toma de Constantinopla; sin embargo, la idea de una cruzada de tal modo estaba en oposición con los intereses de la época, que sólo dió lugar á empresas quiméricas.

Luis XII y Ana de Bretaña fueron los únicos que se mostraron dispuestos á defender los intereses de la cristiandad. Luis XII, á petición del gran Maestre de Rodas, había enviado, en 1499, á Oriente al gascón Pregent de Bidoulx con cuatro galeras reales para que obrase de acuerdo con los venecianos (3); pero aquella tentativa fracasó por el desacuerdo con Venecia y por la defecación de los rodios. En 1501, el rey y la reina organizaron una nueva expedición, más considerable que la anterior, que debía dirigirse hacia el Archipiélago, á fin de obrar en unión de los caballeros de Rodas, y desembarcar en la isla Metelín; para aquella empresa contábase con los venecianos y con Ladislao. El rey embarcó un ejército naval. «Madama Ana de Bretaña, á fuer de muy católica, había desplegado sus tesoros y los había ampliado para tomar á sueldo á gran número de gentes de armas y equipar muchos buques, y enter otros quiso que su gran carraca llamada la *Cordelière* y otros muchos hicieran el viaje.» Doce buques de Bretaña y de Normandía y cuatro galeras «muy veloces y muy temidas en el mar,» mandadas estas últimas por Pregent de Bidoulx, estaban confiados á Felipe de Ravenstein. La flota pasó por Nápoles, Corfú, Modón y Milo, en donde se le juntaron las galeras venecianas, y al fin «en 24 de octubre de 1501 se aproximó tanto á la dicha isla de Metelín, que pudo ver claramente las torres y el castillo de la ciudad.»

El ataque á aquella plaza fué rechazado á pesar del valor de los cruzados, á causa de las vacilaciones ó de las desavenencias de los jefes y del retraso de los caballeros de Rodas. Los expedicionarios hubieron de regresar á Francia y la flota, cargada de enfermos y heridos, vióse combatida por las tempestades: un huracán desmanteló delante de la isla de Cérigo el buque en que iba Ravenstein; otra nave se fué á pique, y Ravenstein y los hidalgos que le acompañaban, «el uno en camisa, el otro descalzo y el otro desnudo, á la luz de la luna, que brillaba clara, se acercaron al peñasco y agarrándose á él como pudieron, tomaron tierra.» Rechazados por los habitantes, «gente ruda y pueblo inhumano,» fueron al fin recogidos por unas galeras genovesas. Si hemos de dar crédito á Autón, los venecianos se mostraron muy contentos de estos desastres. Aquella aventura fué la última cruzada francesa: veinticinco años después, Francisco I se alió con los otomanos.

IV.—Conquista y pérdida de Nápoles

En el mismo momento en que preparaba aquella cruzada, disponíase Luis XII á hacer valer sus derechos sobre Nápoles de acuerdo con Fernando de Aragón, combinación extraña que había de arrastrar á Francia á toda suerte de aventuras desgraciadas.

(3) Spont, *Les galères royales dans la Méditerranée, de 1496 à 1518*, «Revue des Questions historiques,» tomo LVIII, 1895.